

XXXIV COLOQUIO DESCARTES 2021 EL MALESTAR EN PSICOANÁLISIS

Sacar la sortija

“Cada uno no es en apariencia sino el memorial de un rechazo de mi discurso por la audiencia que él incluía: estrictamente los psicoanalistas.”

Jacques Lacan, Prefacio a una tesis (1969), *Otros escritos*.

En “Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis” (1938), Sigmund Freud afirma que “El psicoanálisis se ha apoderado de este concepto [inconciente], lo ha tomado en serio, lo ha llenado con un contenido nuevo. Sus investigaciones dieron noticia sobre unos caracteres hasta hoy insospechados de lo psíquico inconciente, descubrieron algunas de las leyes que lo gobiernan.” Este es el último párrafo de ese escrito, que así como “La escisión del yo en el proceso defensivo”, del mismo año, quedará inconcluso. Esas leyes a las que se refiere, sabemos que son las del proceso primario, *condensación y desplazamiento*. El ejemplo elegido por Freud será el del Presidente de la Cámara de Diputados (ya referido en *El chiste y su relación con lo inconciente*) que ante la apertura de la sesión afirma: “Compruebo la presencia en el recinto de un número suficiente de señores diputados, y por tanto declaro *cerrada* la sesión” (...) Fue un caso de *desliz en el habla*. (...) Pero, ¿y si todos los otros casos de desliz en el habla admitieran un mismo esclarecimiento, como así también los parecidos errores en la escritura, la lectura, la audición y el trastocar las cosas confundido? ¿Y si en todos estos casos -en verdad, sin excepción-, se pudiera rastrear un acto psíquico, un pensamiento, un deseo, un propósito, capaz de justificar el supuesto error, y éste fuera inconciente en el momento en que exteriorizó su efecto, aunque hubiera podido ser conciente antes? Entonces, en realidad, ya no se podría cuestionar que existen actos psíquicos que son inconcientes, más aún, que pueden devenir activos en el intervalo en que son inconcientes, y en ese intervalo son aún capaces de vencer a unos propósitos concientes. El individuo mismo se puede comportar de diversos modos ante semejante operación fallida. Puede ignorarla por completo, o reparar él mismo en ella; quedar turbado, avergonzarse de ella. Pero en general, no es capaz de hallar por sí mismo la explicación del error; para ello ha menester de una ayuda, y a menudo se revuelve, al menos por un rato, contra la solución que se le comunica.” Quizás no estemos habituados a este modo tan sucinto de describir lo descubierto por el psicoanálisis, pero debemos recordar que era un artículo de divulgación, que se adicionó al *Esquema del psicoanálisis*, antes de ser publicado por separado. Me parece digno de interés que en el inicio del mismo, Freud refiera los dos modos en que presentará, alternativamente, lo descubierto por el psicoanálisis: un modo *genético*, que implica las investigaciones que ha llevado a cabo previamente, “el camino recorrido por el investigador.” Y el otro modo, el *dogmático*, donde se “anticipan sus resultados, demanda atención y creencia para sus premisas, da pocas informaciones para su fundamentación.” Este último modo, lo sabemos, es lo que Jacques Lacan aludirá varias veces como la *petitio principii*. Y Freud afirma que la dificultad de echar mano a uno y otro modo sin decidirse por uno en particular, acarrea las dificultades de decidir si “algunos supuestos -uno no sabe si contarlos entre los resultados de nuestro trabajo o entre sus premisas-”: claridad meridiana para describir un estado de cosas problemático a la hora de hablar del psicoanálisis. Y sabemos que las mismas dificultades Lacan las fue describiendo, problematizando, desdeñando y también respondiendo a lo largo de su enseñanza.

En la introducción que Freud realiza a “Lo inconciente” (1915) afirma: “El psicoanálisis nos ha enseñado que la esencia del proceso de la represión no consiste en cancelar, en aniquilar una representación representante de la pulsión, sino en impedirle que devenga conciente. Decimos

entonces que se encuentra en el estado de lo “inconciente”, y podemos ofrecer buenas pruebas de que aún así es capaz de exteriorizar efectos, incluidos los que finalmente alcanzan la conciencia.” En el mismo texto, continúa más adelante: “Si comunicamos a un paciente una representación que él reprimió en su tiempo y hemos logrado colegir, ello al principio en nada modifica su estado psíquico. Sobre todo, no cancela la represión, ni como quizá podría esperarse, hace que sus consecuencias cedan por el hecho de que la representación antes inconciente devenga ahora conciente. Al contrario, primero no se conseguirá más que una nueva desautorización de la representación reprimida. Pero de hecho el paciente tiene ahora la misma representación bajo una doble forma en lugares diferentes de su aparato anímico; primero, posee el recuerdo conciente de la huella auditiva de la representación que le hemos comunicado, y en segundo término, como con certeza sabemos, lleva en su interior (y en la forma que antes tuvo) el recuerdo inconciente de lo vivenciado. En realidad, la cancelación de la represión no sobreviene hasta que la representación conciente, tras vencer las resistencias, entra en conexión con la huella mnémica inconciente.(...) El tener-oído y el tener-vivenciado son, por su naturaleza psicológica, dos cosas por entero diversas, por más que posean idéntico contenido.”

En lo que sigue, Freud distingue la dificultad inherente a hablar de “sentimientos inconcientes” y a la naturaleza de la pulsión: “Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia; sólo puede serlo la representación que es su representante. Ahora bien, tampoco en el interior de lo inconciente puede estar representada si no es por la representación.”

Luego hará la descripción del modo en que la *fobia* organiza las representaciones en dos fases, donde la representación angustiante del padre es sustituida por el animal (angustiante): “Quizás al final el niño se comporte como si no tuviera ninguna inclinación hacia el padre, como si se hubiera emancipado por completo de él y realmente experimentara angustia frente al animal. Sólo que esa angustia frente al animal, alimentada desde la fuente pulsional inconciente, se muestra refractaria e hipertrófica frente a todas las influencias que parten del sistema Cc, en lo cual deja traslucir que su origen se sitúa en el sistema Icc.(...) Una excitación en cualquier lugar de este parapeto [animal fóbico] dará, a consecuencia del enlace con la representación sustitutiva, el envío para un pequeño desarrollo de angustia que ahora es aprovechado como señal a fin de inhibir el ulterior avance de este último mediante una renovada huida de la investidura.” Así se formarán las precauciones que el sujeto arbitra para alejarse de dicho sustituto angustiante.

En el Apéndice C a este trabajo metapsicológico, Freud hará las complejas diferenciaciones respecto a la *representación-objeto*, que engloba la *representación-cosa*, *Dingvorstellung*, y la *representación-palabra*, *Sachvorstellung*. No nos detendremos aquí en este difícil problema, al que Lacan dará múltiples y detallados desarrollos. Bástenos por ahora remitirnos al *Seminario 11*, donde referirá de este modo el proceso constitutivo del sujeto: “Podemos localizar en nuestro esquema de los mecanismos originales de la alienación a ese *Vorstellungrepräsentanz* en ese primer apareamiento significativo que nos permite concebir que el sujeto aparece primero en el Otro, en la medida en que el primer significativo, el significativo unario, surge en el campo del Otro y representa al sujeto para otro significativo, significativo cuyo efecto es la *afanisis* del sujeto. De allí, la división del sujeto -si bien el sujeto aparece en alguna parte como sentido, en otra parte se manifiesta como *fading*, desaparición. (...) Este significativo constituye el punto central de la *Urverdrängung*, punto que, como indica Freud en su teoría, al pasar al inconciente será el punto de *Anziehung*, el punto de atracción que hace posible todas las demás represiones, los demás pasos similares hacia el lugar de la *Unterdrückt*, de lo que ha quedado debajo como significativo. De ésto se trata en el término *Vorstellungrepräsentanz*.” Luego vendrá el segundo tiempo, que tiene que ver con la separación, para poder articular algo de su deseo, y que le posibilitará en el análisis jugar su partida en la transferencia con el analista.

En el cap. final Lacan resumirá en una frase el proceso descrito en todo el seminario: “La sexualidad sólo concierne al psicoanálisis en la medida en que se manifiesta, en forma de pulsión, en el desfiladero del significativo, donde se constituye la dialéctica del sujeto en el doble tiempo de la alienación y la separación.” Y dará una imagen condensada de la demanda del sujeto en análisis: “¿qué deseo yo de todo ésto?, a usted le toca saberlo”. Para agregar más adelante: “Quiero decir

que la maniobra y la operación de la transferencia han de regularse de manera que se mantenga la distancia entre el punto donde el sujeto se ve a sí mismo amable y ese otro punto donde el sujeto se ve causado como falta por el objeto *a* y donde el objeto *a* viene a tapar la hiancia que constituye la división inaugural del sujeto.” Tomará a la mirada como objeto privilegiado para ejemplificar el objeto *a* y el esquema freudiano de “Psicología de las masas y análisis del yo” en relación al lugar del líder como ideal. “La fascinación de la mancha es anterior a la vista que la descubre (...) La definición estructural más segura que se haya dado de la hipnosis es ésta de la confusión, en un punto, del significante ideal desde donde se localiza el sujeto con la *a*. ¿Y quién no sabe que el análisis se instituyó distinguiéndose de la hipnosis? Porque el mecanismo fundamental de la operación analítica es el mantenimiento de la distancia entre I y *a*.”

Si de operación analítica se trata, tomaré ahora el “Prefacio a una tesis” (1969), donde Lacan critica el hecho de que se haya tomado su lección a contrapelo: “el lenguaje es la condición del inconciente”. Si bien podemos decir, cual verdad de perogrullo, que todo lo anterior lo explicita, ¿en qué razones puede fundarse el hecho de que algo pueda ser tomado exactamente al revés? Dejando de lado la pereza, a guiarnos con la explicación de Lacan: “¿qué satisfacción se encuentra urgiendo la *S*, significante natural, a experimentar lo que una formalización siempre más avanzada de su práctica permite descubrir en ella de irreductible como lenguaje? ¿Será que ahí hace nudo lo que hace que el saber no se separe del goce, pero que sin embargo sea siempre del Otro?” Sin duda, acordamos: es porque el Otro ocupa ese lugar del saber, pero también se ubica allí el goce, en el Otro, es que el oyente-aprendiz se pierde. Y para el porvenir, Lacan vaticina que aún quienes puedan (?) mantenerse fieles a su enseñanza: “Se interesarán en transmitir literalmente lo que he dicho: tal como el ámbar que cuida a la mosca, para no saber nada de su vuelo.”

Y ya que hablamos de vuelo, de quienes tienen la capacidad y destreza de volar por sí mismos, traigamos a Germán García, en una entrevista titulada “El deseo es lo que uno hace” (2002). Allí refiere que le gusta citar a Alfred Jarry, “el inventor de la patafísica”, a la que definía como “la ciencia de los objetos singulares que tienen la propiedad de no existir”, afirmando que “se parece bastante al psicoanálisis”.

El Dr. *Faustroll*, patafísico la define así: “*La patafísica es la ciencia de las soluciones imaginarias, que concede simbólicamente a los lineamientos las propiedades de los objetos descriptos por su virtualidad*”. Previamente había manifestado: “como el epifenómeno es a menudo accidente, la patafísica será sobre todo la ciencia de lo particular, aunque se diga que sólo hay ciencia de lo general. Estudiará las leyes que rigen las excepciones y explicará el universo suplementario a éste; o, menos ambiciosamente, describirá un universo que uno no puede ver y que tal vez deba ver en lugar del tradicional, siendo las leyes que uno creyó descubrir del universo tradicional correlatos también de excepciones, aunque más frecuentes, en todo caso hechos accidentales que, al reducirse a excepciones poco excepcionales, no tienen siquiera el atractivo de la singularidad.” Tomémoslo en la buena acepción y creo que podemos ver en esa descripción los dramas subjetivos, pasiones que cada día nos trae la neurosis, también la psicosis.

Así, volvemos a Germán García, cuando afirma allí mismo que “ser piloto cuando el río está tranquilo es fácil. [Antes había dicho que “complicarle la vida a la gente es difícil”...] [Jarry] decía en “Costumbre de los ahogados”: “lo primero que uno nota cuando ve a un ahogado es su hábito empecinado en nadar a favor de la corriente y no en contra, como los peces.” Entonces, -se pregunta Germán García-, ¿se puede ser analista cuando uno no tiene costumbre de ahogado?” Establece la diferencia entre el “psicoanálisis cosmético” y el verdadero, el que implica que alguien va a ver a otro cuando sufre. Afirma que lo que en Freud es [sublimación de] pulsión de muerte, en Lacan es feminidad: “hacer algo con nada. (...) Se puede decir “donde el artista nada, el neurótico se ahoga” (en relación al ejemplo de Joyce, que va a ver a Jung por su hija esquizofrénica). “El arte aprendió a nadar el estilo que el ahogado que te viene a ver quiere aprender.” Y advierte: “No es simplemente coquetería con el arte, que también lo es para un pueblo de psicoanalistas entre comillas como producto nacional.”

Para concluir: “La mayoría no se quiere bajar del caballo. [En las pampas....] No sacaron la sortija a tiempo, no pueden tener una vuelta gratis, y siguen aferrados al caballito, quieren agarrar la sortija y no pueden porque están aferrados al caballito. Para sacar la sortija tenés que tirarte, incluso arriesgarte a caer.”

Este es el desafío que nos legó Lacan y su orientación, y con todas las variantes, y la contundencia que lo caracterizaba, Germán García. ¿Estamos a la altura....conveniente para arrojarnos y no hacernos añicos al caer? Seguramente no, pero ya estamos lanzados al vacío.

Marzo 2021.

Liliana Goya.-